

desde lo cotidiano

Un viaje

Eugenia Corvera Poiré

Desde antes de ir tenía miedo, pero me dije: "No, no puedo seguir cancelando viajes, ya cancelé el viaje a Budapest en octubre, no voy a cancelar éste. Después de todo, de eso se trata el terrorismo; si no voy, los ayudo a ganar. Además, soy un ser racional, sé probabilidad. A ver, digamos que hay tres ataques en un año, uno cada cien días. Ha de haber unos cuatrocientos vuelos diarios en Estados Unidos, eso me da uno sobre cuarenta mil. Más fácil me gana el Zodíaco. Tengo miedo, pero seguro que lo puedo controlar. El miedo no me va a ganar a mí. De todos modos, para minimizar probabilidades me voy de aquí a Atlanta por Aeroméxico, los terroristas no tienen nada contra los mexicanos; así, si me da miedo, será sólo en la fracción Atlanta Boston".

Llegué al aeropuerto. Después de pasar tres filtros de seguridad que eran una farsa, me di cuenta de que en el *duty free* venden rasuradoras con filosas navajitas que entregan en la puerta del avión después de haber pasado todos los filtros de seguridad. ¡Qué horror!

Cuando llegué a la sala de espera observé cuidadosamente a los pasajeros. Ahí estaban mis primeros dos sospechosos. Decidí que uno era paquistaní. Habría podido ser mexicano, pero los mexicanos no usan tenis ni cachuchas de color rosa mexicano. Mi sospecha comenzó a volverse certeza cuando se formaron separados en la cola. Esto no es normal, estaban platicando, venían juntos, de seguro querían despistar al enemigo. Pregunté al personal de Aeroméxico si podía irme en el siguiente avión. Me dijeron que como no, siempre y cuando pagara 150 dólares por cambiar mi boleto. Como para entonces todavía me quedaba una parte de cerebro racional, me subí al avión, no sin una fuerte opresión en el pecho y la garganta.

Me tocó dos filas atrás del paquistaní, al menos lo tenía a la vista, pero no sería capaz de saltar sobre él cuando llegara la hora del asalto porque me tocó ventanilla. Me estorbaría el pasajero de junto. Tenía

otros dos sospechosos que había detectado al subir al avión. Un negro gordo lleno de oro que seguro era africano. Los negros de Estados Unidos no hacen terrorismo, pero los de África podrían, finalmente están llenos de musulmanes, algunos fundamentalistas habría. Mi otro sospechoso era francamente árabe, estaba dos filas atrás de mí. Pasé el viaje convencida de que todo era cuestión de esperar el ataque, porque estaba segura de que iba a haber un ataque. Mis piernas estaban flojísimas y me empezó a doler el corazón. Cuando faltaba poco para llegar a Atlanta, me empecé a asustar más. Claro, ¿para qué iban a tomar el avión desde antes si de lo que se trataba era de estrellarse contra un rascacielos? La última media hora era la más peligrosa. El paquistaní se agachó sobre sus rodillas; fingía llenar la forma de aduanas, pero segurito que estaba sacando las armas. ¿Tanto tiempo para llenar la forma?, qué raro, y ni que uno necesitara agacharse tanto para escribir.

Total, aterrizamos sanos y salvos en Atlanta. Al salir del avión oí al paquistaní hablar español. Era mexicano. Si tan sólo hubiera hablado tres horas antes...

Todavía me faltaba el viaje a Boston.

En Atlanta estuve unas horas y se me ocurrió hablar con una mujer policia que deambulaba por el aeropuerto. Le conté del agujero de seguridad que había descubierto, le hablé de las rasuradoras del *duty free*. Me dijo que no había que ponerse paranoica, que no se podía realmente tener una seguridad absoluta, que cualquier cosa era un arma potencial, por ejemplo todas las botellas de vidrio del alcohol que compra la gente en el *duty free*, o las mismas botellas del avión. Me dejó peor que antes.

En el vuelo Atlanta-Boston mi delirio continuó, aunque mis sospechosos ya no iban en este vuelo. Escogí unos nuevos. El vuelo duró menos horas. Esta vez estaba en el pasillo, ahora no me estorbaba nadie para saltar sobre los terroristas, pero estaba más vulnerable. Seguro que para hacerse temer por los pasajeros, primero cortaban unas cuantas gargantas y yo les quedaba muy a la mano. El dolor en el corazón era puntual y fortísimo. Me dije: cálmate Eugenia, porque si no te matan los terroristas, te vas a morir de un infarto. Traté de respirar hondo para calmarme. Llegamos a Boston sin el menor percance. Ya no me había muerto de ida. Pero faltaba el regreso.

En la conferencia me la pasé pésimo, llena de ansiedad. A ratos sentía que el edificio temblaba. Seguro era el metro o alguna construc

ción cercana, pero yo no estaba en paz. Durante mi plática estuve como zombi, nerviosísima, y no por los puntos débiles de mi argumento o la posibilidad de que alguien notara que la interacción más importante que rige al sistema no estaba considerada en mi planteamiento. No, era diferente, estaba angustiada, me valían gorro la física, mi plática y la ciencia entera, tenía miedo.

El miércoles tuve la brillante idea de regresarme en camión: ¿para qué sufrir otro vuelo? Total, de Boston al DF debe una hacer como tres días por tierra. ¿A poco no iba a poder echármelos? Iba a ser una friega, pero no importaba. De inmediato me relajé. Empecé a hacer los planes del regreso. Haría una escala para descansar cada 24 horas. El camión hacía 24 horas de Boston a Atlanta, 24 de Atlanta a San Antonio y calculaba yo que serían otras 24 de San Antonio a México. Rápidamente arreglé un encuentro con un amigo en Atlanta y con una amiga en San Antonio. Así sería menos pesado el viaje.

Salí de Boston rumbo a Atlanta el jueves después de medio día. El viaje fue agradable, salvo por el cambio en Port Authority en Nueva York. Casi todo el tiempo tuve dos asientos para mí y hasta pude dormir a ratos. En Atlanta, mi amigo Raj estaba en la estación para recibirme. A pesar de lo cansada que estaba, me sentí feliz de verlo y de no estar en el camión. Al día siguiente me dejó en la terminal para continuar mi viaje hacia San Antonio.

El trayecto de Atlanta a un lugar que se llama Mobile fue perfecto. El camión iba prácticamente vacío. Yo puse mi maleta de mano en el piso del primer asiento que, por razones de seguridad, siempre va desocupado. Todo tranquilo. Me parecía que había tomado una muy sabia decisión. En el autobús no había terroristas. El chofer se la pasó platicando con uno de los pasajeros de cuando ambos habían estado en la cárcel, pero lo hacían como rememorando sucesos de la infancia, por lo que su charla no me perturbó en lo absoluto. En Mobile hicimos una parada.

Lo malo de estos viajes en autobús es que hacen paradas cada rato y una se tiene que bajar a fuerza. A veces resulta cansado. Cuando regresé al autobús, mi maleta de mano estaba en el segundo asiento. Al tratar de regresarla al piso del primer asiento el nuevo chofer me dijo que esos asientos eran suyos, que nadie podía poner nada ahí. No repelé, aunque me pareció absurdo que el chofer quisiera los cuatro primeros asientos para él. Se veía que era un patán y yo no tenía ninguna inten

ción de tener problemas. Me estaba regresando en camión por mi salud mental. El autobús no iba lleno y, como tenía dos asientos para mí, puse mi maleta de mano en el piso del asiento contiguo.

En Nueva Orleans, otra parada. Todos para abajo. Al regresar, el camión se llenó, por lo que mantuve mi maleta de mano sobre mis piernas hasta que todo el mundo se subió, y una vez que el camión arrancó, la puse en el pasillo junto a mí. Estaba yo en la segunda fila y la primera estaba vacía, así que no podía molestar a nadie más que a mi compañero del otro lado del pasillo, quien muy amablemente me hizo saber que no tenía ningún problema con mi maletita en el pasillo. El chofer volteó a ver qué hacía yo y no dijo absolutamente nada. La siguiente parada fue en un pueblo *in the middle of nowhere* que se llama Baton Rouge en Louisiana.

Como antes, mantuve mi maleta en las piernas mientras abordaban los pasajeros y, una vez que el camión arrancó y tomamos el camino, volví a poner mi maleta en el pasillo. Entonces el chofer se puso histérico y me gritó que no pusiera la maleta en el pasillo, que ya me lo había dicho tres veces. Inmediatamente agarré mi maletita y me la puse en las piernas, pero en lugar de quedarme calladita, le contesté. Le dije que lo que me había dicho era que no la pusiera en la primera fila. El maldito me seguía gritando con tono amenazante que no podía poner mi maleta ahí (yo ya la tenía en las piernas). Y otra vez, en lugar de callarme, le dije que no me gritara, que si me seguía gritando iba a reportarlo.

Nunca lo hubiera dicho. El hombre se puso como energúmeno y me dijo: *Know what? you are out of this bus, nobody is going to tell me what I should do or what I should not do in my bus.*

Se regresó a la estación -de la que estábamos muy cerca todavía-, se bajó del camión y llamó a una mujer policía. Yo me apresuré a decirle a ella:

-¡Ayúdeme por favor!, este chofer está siendo injusto, me quiere bajar porque lo amenacé con reportarlo si me gritaba.

Con un tono que parecía el de una grabación me contestó: -

Señora, bájese del camión o está arrestada. Yo no podía creer lo que estaba oyendo.

-Pero se lo juro, pregúntele a los pasajeros, todos son testigos de que yo no hice nada.

-Señora, o se baja del camión o está arrestada.

-¿Entonces no tengo ningún derecho?

-Señora, o se baja del camión o está arrestada.

Con un sentimiento de infinita impotencia, tomé mi maletita y me bajé, no sin antes decirle a los pasajeros: "Felicidades por su país de libertad". Una vez abajo, le dije a la mujer policía que me dejara recuperar mi equipaje. La mujer le dijo al chofer que me dejara sacar mi equipaje y el cabrón, sin vergüenza alguna, le dijo que yo no tenía equipaje. Entonces la mujer, con su misma voz de grabación me dijo:

-Señora, usted no tiene ningún equipaje en este camión.

-¡Pero sí, se lo juro, que abran y se lo enseñó!

-Señora, el chofer dijo que usted no tiene ningún equipaje en este camión. Usted no tiene ningún equipaje en este camión.

Me quedé a la una de la mañana en Baton Rouge sin equipaje y sin la fracción del boleto para ir a Houston. Cuando se fue el autobús, le pregunté a la mujer policía que por qué le había creído a él y no a mí. No respondió a mi pregunta, pero me explicó que el chofer no tenía ninguna obligación de llevarme si no quería. Me dijo que en breve llegaría otro autobús en el que me podría ir. Efectivamente, el siguiente autobús no tardó en llegar.

La mujer policía le dijo al nuevo chofer que me habían bajado del otro autobús y le preguntó si me podía llevar. El nuevo chofer empezó a hablarme como si fuera yo sospechosa de criminalidad y delincuencia. Me interrogó: ¿qué había hecho yo para que me bajarán? Se lo expliqué. Noté cierto escepticismo en su mirada. Yo creo que estaba dispuesto a llevarme desde el principio, pero también quería echarse su pequeño *power trip*. Me dijo:

-No sé, usted no tiene boleto para ir de aquí a Houston. Con la mayor naturalidad del mundo le contesté: -Pero puedo pagarlo...

En ese instante, su actitud cambió drásticamente. Había yo pasado a un nivel superior gracias a mi poder adquisitivo. Ya se sabe que a los gringos les habla uno de dinero y les toca el corazón. Inmediatamente cambió el tono, y me dijo:

-¡De ninguna manera, Señora! Usted ya pagó una vez. Yo la voy a llevar a Houston y ahí la voy a ayudar a encontrar su equipaje.

Mi problema estaba resuelto de momento, pero me quedé con una mezcla de sentimientos de vulnerabilidad, impotencia, humillación, asco -porque los malditos tratan a la gente así fundamentalmente por

que en sus pinches camiones sólo viajan negros y mexicanos-, odio por el permanente doble discurso de los gringos y también alivio por haberme librado del arresto inminente.

En el camino a Houston se me escurrían las lágrimas. No estaba llorando, no sollozaba. Las lágrimas se me salían de los ojos mientras yo veía al infinito.

En Houston hablé con el jefe de los choferes. Me pasó a su oficina, me pidió disculpas, me dijo que era inaceptable lo que me habían hecho. Me pidió que lo pusiera todo en una carta, cosa que hice en cuanto llegué a México. (Hasta el momento no he recibido respuesta alguna.) La conversación con él fue consoladora y reconfortante, me dio la razón.

Me explicó también que mi equipaje seguramente estaba en San Antonio. Unas horas más tarde tomé el camión de Houston a San Antonio. Llegué a la estación y efectivamente encontré mi equipaje. Segundos después, mi amiga Judith me proporcionó el franco alivio de estar con alguien querido y racional. Comimos, caminamos por el Paseo del Río y unas horas después le pedí que me llevara al aeropuerto, en donde compré un boleto de avión para regresarme a México.

El avión volaría cuando mucho veinte minutos sobre territorio gringo y después estaríamos en territorio mexicano; si no había indicios de terrorismo en la primera media hora, podría volar tranquila. Y si me tocaba el terrorismo, pues ya ni modo, en ese momento ya me daba igual. No me iba a echar otras 24 horas en autobús.

Fue un alivio volar por Mexicana, en un avión lleno de mexicanos y sobre territorio mexicano. En menos de hora y media aterrizamos en la ciudad de México.

Cuando le conté lo que me había pasado en Louisiana, mi amigo Carlos me dijo: "el infierno es la falta de lógica, y tú estuviste en el infierno".

En realidad, estuve en dos infiernos y no tengo del todo claro cuál fue peor: si el propio o el ajeno.